terario que antecede a otro económico, donde se citan cifras de la CEPAL, a Eduardo Frei, Luis Mercier Vega, Fidel Castro y Nino Germani. Este patrón se usa arbitrariamente en la discusión sin dar explicaciones de su razón de ser. Y así, hace un examen de toda una gama de problemas.

Al llegar Huteau a unas diluidas conclusiones, se hace más obvio su anti-historicismo. Al aseverar que Hispanoamérica necesita una revolución, pero "¿Qué revolución?", aclara que "América Latina no se puede sustraer al predominio de los Estados Unidos," para endilgarnos, cuatro líneas más abajo, que "América Latina, a excepción de México, no ha explorado a fondo las posibilidades de ampliar su margen de libertad." Me quedo perplejo cuando nos quiere hacer tragar que la solución final está en la revolución "silenciosa", la de la técnica que modifica cada día más los rasgos de la vieja sociedad, para entonces terminar en un sonoro *Gloriae*: "En gran parte, América Latina [¿para lograr su libertad?] dependerá de su industria, de su capacidad de aumentar el consumo" (pág. 186).

Huteau desconoce la historia de Hispanoamérica, sobre todo la del siglo XX; porque Juan D. Perón probó en la década del 50 y Fidel Castro en la del 60, que no era posible que la América Latina tuviera suficiente capital para sufragar los gastos de una revolución "silenciosa" técnico-industrial. Más aún, en el 1970, el problema persiste, y el autor debería saberlo.

Este desconocimiento histórico panorámico, por un lado, junto a la ausencia de estudio sistemático, hacen del libro algo inútil como referencia. En esta forma, las pretensiones del autor quedan limitadas al tener que circunscribirse a una enumeración y discusión muy esquemática de problemas de conocimiento general: demografía, tierra, capital, sociedad, política, ejército, etc. Pierde, a cambio, una visión de conjunto, y cuando ésta se pretende dar, se aprecia una clara pobreza de espíritu.

BENJAMÍN NISTAL

Deak, Istvan: *Weimar Germany's left-wing intellectuals, A political history of the WELTBUEHNE and its circle.* Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1968. xii, 346 pp.

La historia de la Alemania de Weimar —esto es, la historia de cómo una nación altamente educada, con una economía avanzada y potencialmente fuerte, complejamente articulada en muy variados sec-

tores e intereses, entre otros un vigoroso y combativo movimiento obrero, fracasó en su intento de organizarse como república democrática y vino a caer en mano de un partido político declaradamente extremista, belicista, irracionalista, que en pocos meses de gobierno acabó con toda oposición eficaz y consolidó un estado monolítico— es uno de los capítulos más apasionantes e instructivos de la historia del siglo XX. El libro de Istvan Deak estudia sólo un aspecto particularísimo de ella —la historia de un semanario político-literario berlinés, *Die Weltbühne* ("La escena mundial"), cuya circulación llegó en esos años a los 20,000 ejemplares— pero presenta, desde este peculiar punto de vista, una animada perspectiva del conjunto. El libro está bien escrito y muy bien documentado, y su tema, aunque parece tan especial, permite al autor exhibir desapasionadamente algunas características de la situación del intelectual libre cuando se decide a intervenir *como tal* en los conflictos de la sociedad contemporánea.

La obra empieza caracterizando globalmente a los colaboradores de la revista, desde un punto de vista sociológico e histórico-cultural. Se cuentan entre ellos Ludwig Quidde, Lothar Persius, Heinrich Mann, Kurt Hiller, Ernst Toller, Arnold Zweig, Arthur Koestler, Ernst Glaeser, Heinz Pol, etc., hijos casi todos de la clase media acomodada, en su mayoría judíos, refinados, agudamente críticos, cosmopolitas, seguros de su inteligencia. Viene enseguida un bosquejo magistral de las personalidades de los tres directores: Siegfried Jacobson, que la funda primero como revista de teatro, *Die Schaubühne* ("La escena teatral"), en 1905 —el nuevo nombre se adoptará en abril de 1918— y la dirige hasta su muerte en 1926; Kurt Tucholsky, que la dirige hasta octubre de 1927, pero que antes y después, firmando con su nombre propio y una variedad de seudónimos, será su redactor más activo y brillante; Carl von Ossietzky, que alcanzará nombradía mundial en 1936, cuando se le otorgue el premio Nobel de la paz, no obstante su condición de prisionero del estado hitleriano (morirá en 1938, de tuberculosis contraída en un campo de concentración).

Luego se describen una serie de campañas sostenidas por la revista: por la fraternidad universal durante la guerra de 1914-1918, por una república socialista intelectualizada durante la revoulución (1918-1919), por la amistad con Francia y una federación europea, por la paz con Polonia y contra la colaboración germano-soviética (iniciada diecisiete años antes del pacto Ribbentrop-Molotov), por una república militante después del *putsch* de Kapp (1920) y el asesinato de Rathenau (1922), contra el ejército regular y el ejército secreto (organizado clandestinamente en contravención de las limitaciones impuestas por el Tratado de Versalles), por una sociedad más humana, la reforma del sistema judicial, la nueva ética sexual y la

libertad del arte, por la unidad socialista. Esta última, la más decisiva y persistente, pero tal vez la más inútil de sus campañas, se articula según Deak en tres fases: en la primera, de 1919 a 1923, la revista respalda a la socialdemocracia alemana, en la que ve al único grupo político capaz de sostener la nueva república y conducirla por un camino viable de reforma social; en la segunda, de 1924 a 1927, patrocina la formación de una Nueva Izquierda, al margen de los tradicionales partidos social-demócrata y comunista, pero encaminada a reconciliarlos y absorberlos en un gran partido único de trabajadores; en la última, de 1928 a 1932, el grupo de la revista desespera de la república, se pronuncia por la revolución como único modo de regenerarla y atajar el fascismo, y se entrega a la faena difícil, si es que no imposible, de colaborar con los comunistas sin perder la independencia de juicio. Curiosamente, en vísperas de entrar en esta fase, el 3 de mayo de 1927, *Die Weltbühne* había publicado este comentario de Ossietzky, a raíz de la expulsión de un miembro distinguido del PC alemán:

> "Sea moderado o extremista, el intelectual acaba siempre siendo echado a un lado. Sólo parecen indispensables los sirvientes de la sagrada máquina del partido: los funcionarios, los guardianes de la caja registradora, los administradores de los archivos."

(Cit. por Deak, pág. 164)

La última parte del libro se dedica a la derrota y disolución final. En 1931, Ossietzky, como director responsable, y un colaborador de la revista, Walter Kreiser, son acusados judicialmente de "espionaje y traición" por revelaciones, supuestamente contrarias a la seguridad nacional, contenidas en un artículo de Kreiser aparecido en *Die Weltbühne* el 12 de marzo de 1929. El juicio termina con la condena de ambos a dieciocho meses de prisión. Kreiser huirá al extranjero, pero Ossietzky se negará a hacerlo e ingresará a la cárcel en mayo de 1932. Se ha visto en este juicio una represalia del ejército y los grupos patrioteros, fuertemente representados en el poder judicial, por la prolongada campaña antimilitarista de *Die Weltbühne*. (Para ilustrar el tono de esta campaña, citemos dos textos de Tucholsky:

> "No tiene objeto esclarecer al oficial sobre lo anacrónico e inhumano de su misión; ni tiene sentido ablandar su hostilidad con concesiones. No le hablamos a los oficiales, sino a los alemanes, nuestros amados compatriotas, para pedirles categóricamente que rehusen obedecer a quien les exija actos que rebajen la dignidad del hombre. Y rebaja la dignidad

del hombre anteponer la disciplina a la intuición moral."
(cit. por Deak, pág. 119)

"Por cuatro años, hubo varios kilómetros cuadrados de terreno en que el asesinato era una obligación, aunque a media hora de allí el asesinato estaba estrictamente prohibido. ¿Dije el asesinato? Sí: los soldados son asesinos."
(cit. por Deak, pág. 205)

No obstante la reclusión de su director, *Die Weltbühne* sigue apareciendo regularmente. Pero la situación se ha vuelto desesperada. El grupo de sus colaboradores ha quedado aislado: poco a poco se les ha eliminado del teatro, los diarios, las radios berlinesas. Su cooperación con los comunistas ha sido infructuosa. La unidad de los partidos obreros está más lejana que nunca. La ceguera de algunos los lleva a desear que los nazis tomen el gobierno, para que se desacrediten y acaben de una vez. *Die Weltbühne* toma nota del deterioro progresivo de las cosas. Desde Suecia, donde se había establecido en 1929, Kurt Tucholsky ofrece esta "visión de un futuro remoto":

"Cuando todo esto haya pasado, cuando todo se haya disipado —la locura de la chusma, el entusiasmo de marchar, gritar y hacer flamear banderas con las masas— cuando esta enfermedad actual, que demanda la idolatría de los más bajos instintos del hombre, haya cesado. . ., cuando haya muerto el último exilado amante de la libertad; entonces, un día, será otra vez muy moderno ser un liberal."
("Blick in die ferne Zukunft", *Die Weltbühne,* 28-X-1930; cit. por Deak, pág. 206)

En diciembre de 1932, Ossietzky sale libre, amnistiado, para caer nuevamente preso, junto con otros colaboradores de la revista, en febrero de 1933, esta vez en manos de los nazis. Muchos de los miembros del grupo lograrán salir del país. El último número de la revista aparecerá el 7 de marzo. Una *Neue Weltbühne* se publica sucesivamente en Viena, Praga, Sèvres, hasta el 31 de agosto de 1939. Desde 1946, *Die Weltbühne* aparece de nuevo en Berlín, con licencia de las autoridades soviéticas de ocupación. Según anota Deak, la revista "se resiste a criticar las condiciones imperantes en la República Democrática Alemana; de hecho, sus enemigos están todos en el extranjero —en Bonn y los Estados Unidos. En casa, la nueva *Weltbühne* sólo tiene amigos. Esto, reconocidamente, la distingue de su predecesora." (pág. 221).

ROBERTO TORRETTI